

Es evidente, sin embargo, que si Sollers dio el patinazo de considerar a Bukowski como algo más que un cuentista de suplemento dominical, es porque el producto se vende perfectamente embalado. El paquete, lleno de filigranas, guiños ("me encanta Mahler"), parentescos, etcétera, no permite observar con limpieza la robusta moral, el temperamento senequista que se oculta bajo tanta belleza de plástico y neón. Y la cándida asunción del lenguaje pornográfico de los años setenta arreba-

ta al lector con debilidades políticas y una formación cultural construida básicamente con televisión, revistas quincenales y prensa de partido.

No quiere esto decir que Bukowski sea un inútil, literariamente hablando. Por el contrario, siempre que se le adscriba a su reserva (la frontera, el "western" urbano, el macho solitario, etcétera), Bukowski resulta excelente. Sustituye con ventaja a ese estafador llamado Miller o a cualquier representante de la extensa tradición de

relato corto creado por las revistas norteamericanas. Porque Bukowski es una creación industrial y no un producto del capricho. Razón por la cual puede sustituir a Scott, pero no a Poe o a Faulkner.

En su limitada artesanía, y al igual que esos maestros japoneses que dibujan un bosque de abetos, un lago y una bandada de ocas salvajes, todo de un trazo, tras intentarlo cincuenta años seguidos, Bukowski no tiene igual. Por eso es vivamente recomendable y sólo debe evi-

tarse que lo lean los niños. Es decir, aquellos que tienen una tendencia irresistible a hacer de sus héroes un modelo para todo el mundo. Ya los estoy oyendo: "La verdad es que este Bukowski funciona..." ■ FELIX DE AZUA.

"Medio ambiente y sociedad"

El sociólogo Juan Maestre Alfonso ha querido enmarcar la problemática que plantean los conflictos medioambientales en un contexto sociológico, es decir, en una casuística amplia, original, que permita encontrar las claves de los desequilibrios ecológicos o las disfunciones de la sociedad, evolucionada o no. Este es el propósito de **Medio ambiente y sociedad** (Ayuso, Temas Actuales), donde se ilustra, básicamente, la problemática sociológica, que crea conflictos o frustraciones ecológicas.

Por eso, la población, la explosión urbana, el cultivo de la pobreza, etcétera, acaparan en realidad la atención principal del análisis, como fenómenos que motivan. En realidad, la perspectiva ecológica es de por sí amplia y radical, no se limita nunca a marcos reducidos y siempre intenta encontrar las causas del desajuste. La ecología es una ciencia social, eminentemente política.

Pese a algún desconcierto inicial —se están sentando las bases de una nueva concepción de la sociedad—, el movimiento ecologista supone una interpretación global y puntual de los problemas del hombre y de su entorno, físico y social. La militancia, con la atención urgente a miles de problemas agobiantes que amenazan siempre porque presentan un carácter fatídico de irreversibilidad, no excluye la elaboración de alternativas más sobre bases de acción —políticas— que sobre la investigación de gabinete y erudita.

En **Medio ambiente y sociedad**, la avalancha de conceptos, definiciones e interpretaciones hacen relativamente prolja una obra que, por estar redactada sobre la base de conferencias y lecciones, presenta un matiz académico que evidencia una distancia con la praxis ecológica y ciertas insuficiencias de análisis de la realidad, eminentemente conflictiva. Se trata de un curso —o de varios— de sociología aplicada, en estilo docente y distante, a algunas expresiones de la degradación ecológica, que, desde luego, cuestiona radicalmente la sociedad que conocemos.

ADIOS A LAS LETRAS

MARINERO EN SIERRA

Carlos Barral es el rayo que no cesa, a pesar de que tiene buena memoria personal, como Gerald Brennan, pero en plan germanófilo.

Lo que une al editor catalán con el exiliado británico que vive en Andalucía es el afán literario de sus Memorias. Lo que los desune es la vocación editora de Barral. Brennan abandonó el Reino Unido luchando un poco contra aquella marea incesante de las reuniones librerías que se desarrollaban en el barrio de Bloomsbury.

Carlos Barral vuelve del mar con un proyecto editorial bajo el brazo y cuando se piensa que jamás volverá a pisar los hoteles de la tierra madrileña para contratar nueva obra novelesca de los jóvenes castellanos, loneses o extremeños, aparece de nuevo bajando con parsimonia y cierto cansancio las escaleras despintadas del Boccaccio, con algún manuscrito entre las manos.

Ya deben pesarle los manuscritos, porque ha dejado de editar tochos tan impresionantes como los que publicó cuando comenzó en solitario la batalla editorial, despojado de la Seix primitiva.

Ahora acaba de publicar los cuatro primeros títulos de su colección de novela corta. Carmen Martín Gaité (Las ataduras), Juan Carlos Onetti (Los adioses), Hugo von Hofmannsthal (Andreas o los unidos) y Flodor M. Dostoiévski (Memorias del subsuelo) son los protagonistas de esta serie mínima que comienza Carlos Barral a lanzar hacia la sierra, donde sus textos se han acogido siempre con honesta pasión.

Lo que va a pasar ahora entre los novelistas barralianos es que van a tener que adaptarse a un nuevo espacio. Antes Barral les llevó por la senda de la novela más bien mediana, textos medidos casi a la inglesa, de acuerdo con patrones editoriales que aconsejan cansar un poco, pero no demasiado, al lector. Ahora Barral los obliga a reconsiderar el espacio y les recuerda lo de Baltasar Gracián: si lo bueno es corto, dos veces legible.

Puedo imaginarme ya a Félix de Azúa, a Vicente Molina, al propio Alvaro Pombo de mis sueños, recuperando de las estanterías en las que se guardan los antiguos manuscritos breves



Carlos Barral.

aquellos textos que habían quedado allí por falta de editor de semejantes pequeñeces.

Está muy bien que Carlos Barral reivindique la novela enana, en una época en la que el personal vuelve a darse cuenta de que no sólo lo negro es maravilloso. Lo pequeño es sensacional, como dice el cortijero José Ramón Lasuen.

Para editar los textos largos se queda Jaime Salinas, el responsable literario de Alfaguara, que en el otoño inmediato nos traerá la voz y el gesto de Henry Miller envuelto en celuloide, porque el autor de los trópicos no abandona Big Sur ni siquiera para trasladarse a la serranía de Cuenca, que es adonde Alfaguara lleva a sus adquisiciones internacionales. A las nacionales las recluye en Boccaccio, que es como el Gijón de los años cincuenta, pero en plan mucho más caro, exquisito y teatral.

Los viajes hacia Barcelona van a ser ahora más descansados. No hará falta esperar semanas para conocer la opinión que Carlos Barral tiene de los manuscritos que se le ofrecen para su edición. El, que como todo marinero es un lector voraz y rápido, puede dejar en una mañana listo el juicio literario que le merece cualquier nuevo engendro.

El marinero Barral ha dado, pues, con la fórmula de estos tres años. Muerta la novela, según declan los agoreros, él la resucita en pequeño formato. No hay peces más vivos y felices que aquellos que son enanos, bien formados y escurridizos. ■ SILVESTRE CODAC.

La contaminación informati-
va, entre otros apartados, es un
capítulo muy interesante en las
digresiones de Juan Maestre.
No en vano los ecologistas luchan
continuamente contra la manipulación
de las informaciones y, sobre todo,
de los problemas y su interpretación.
Hacer ecología es, como saben los
militantes, construir un entorno
distinto, luchando contra las
concepciones hechas y las políticas
democráticamente impuestas. ■ PEDRO COSTA MORA-
TA.

"A favor de las niñas"

Mucho "igualdad de la mujer",
pero la verdad es que no se les
ve un detalle a los poderosos
machistas: aquí y en la Cochimbamba.
La mujer no sólo está explotada
en el trabajo o en la cama: desde
pequeñita se la programa a conciencia
para que no chiste, o chiste dentro
de los límites permitidos. Como a
todo hijo de vecino, pero más.
"A favor de las niñas", de Elena
Gianini Belotti (1), es un libro que
va resueltamente contra este estado
de cosas. Y no embiste desde una
perspectiva de desmelenada emocional,
sino a partir de actitudes y hechos
incontrovertibles, cotidianos. Belotti
es directora del Centro Nascimentos
Montessori y profesora en la Escuela
de Asistentes de la Infancia Montessori.
Sabe, por tanto, de qué habla cuando
pretende demostrar que los papeles
"masculino" o "femenino" no son
innatos, sino que derivan de una
larga y tremenda práctica de opresión
social, de una división urdida desde
el poder y para la perpetuación
del poder: es decir, la perpetuación
de la opresión.

(1) Monte Avila Editores. Caracas.



La tesis, si nos ponemos en plan
cientificista y redichete, no es nueva,
puesto que ya a fines de la década
de los cuarenta Simone de Beauvoir
venía a decirlo en "El segundo sexo",
libro que ni mucho menos está tan
"superado" como los "superotas"
de turno aducen. Pero lo del
cientificismo es una memez si
tenemos en cuenta que lo que
Belotti hace es demostrar con
hechos probados el feo sesgo de la
realidad. Y no se limita sólo a una
descripción fenomenológica de
comportamientos captados en la
labor pedagógica: antes bien, se
remonta a los mitos que subyacen
ya en la espera del hijo, espera en
la que siempre el varón es preferido
y la hembra no está bien vista,
ni siquiera como hipótesis: que si
va a ser niña la madre sufre más
en el parto, que si un niño varón
es como un triunfo sobre Artajerjes,
etc.

Desde que nace, la niña va de
cráneo, y para mayor inri se le
dora la pildora. La limpieza de la
niña tiene un no sé qué de secreto,
de "pudoroso", de prohibido, que
no tiene la del niño. Los mitos
antifemeninos van acumulándose,
la niña va siendo castrada con
tenacitas rosa.

La chavalería juega. Los padres
están todos de acuerdo en que
jugar es sano y exalta las potencialidades
imaginativas y todo ese bla-bla-bla.
Sin embargo, a la niña no se le
permite, aconseja o encauza a jugar
con los mismos juguetes o a los
mismos juegos que a su hermano.
Todos los "hajitos" tienen en la
actualidad pocas posibilidades de
mover el esqueleto y marcarse
unas expansiones cabales, en núcleos
urbanos como los que se les obliga
a padecer. Y, sin movimiento, la
curiosidad, la inteligencia se
atrofian. Pues bien, la niña tiene
prohibidos una serie de movimientos
"propios de niños". Y si una niña
transgrede la regla y se muestra
más brutota que su hermano y
amiguitos, entonces éstos la
tratarán de niño, le negarán su
identidad de niña, la ridiculizarán.
Se ponga como se ponga, la niña
queda frustrada. Y así va creciendo.
Cuando lee literatura infantil,
tampoco la cosa es paritaria. Ya se
palpan las ganas de crear una
literatura infantil menos insana,
pero los frutos habrán de esperar
en cuanto a capacidad de difundirse
socialmente. A este respecto, la
visión que Belotti da de las fábulas
clásicas puede ser, en un sentido
literario, restrictiva, pero resulta
incontestable en cuanto a reflejo
exacto de su operatividad en la
división sexista practicada por los
aparatos ideológicos del poder: "Caperucita
Roja —dice por ejemplo— es

la historia de una niña en el límite
de la insuficiencia mental, que es
enviada por una madre irresponsable
a atravesar bosques profundos
infestados de lobos, para llevar a la
abuela enferma una cesta llena de
pasteles. Con similares presupuestos,
su fin no sorprende del todo. Pero
tanto atolondramiento, que jamás
hubiese sido atribuido a un varón,
reposa enteramente en la certidumbre
de que se encuentra siempre en el
lugar justo y en el momento
requerido un cazador lleno de coraje
y agudeza, listo para salvar del lobo
a la abuela y a la nieta". Claro que,
como bien anota Belotti, esto, en
comparación con la "tele", nada.

Y el plato fuerte del libro está
en lo que cuenta de las instituciones
escolares, donde la discriminación
es ya frenética: desde la practicada
por los maestros, hasta la reproducida
por el grupo dominado por el machismo,
hasta el control de la creatividad
para que no se extralimite (a los seis
años, dice Belotti, la mayoría de las
niñas ya no pueden crear). La cosa
va en progresión geométrica: la
adolescente carece de los mismos
estímulos que el adolescente; sólo
la estúpida sobrevivirá sin aparentes
traumas: convertida en trauma
viviente, pasará inadvertida, se
habrá completado en ella la programación.

No resulta ocioso, y hoy menos
que nunca, hacer preguntas inocentes
como ésta de Belotti: "¿Por qué la
niña se preocupa por cerrar la puerta
que se golpea (2), mientras que el
varón ni siquiera se da cuenta de
ello?". ■ MIGUEL BAYON.

(2) La traducción resulta a menudo
confusa y torpe; es sólo un ejemplo,
pero, ¿qué hace la puerta golpeándose?
¿es masoquista?

¿Qué es una loca?

Una loca es una especie de quimera
o de hipogrifo, un animal mitológico
o tal vez la expresión más o menos
acertada de una idea: la que la loca
tiene de sí misma y del mundo. Este
animal absurdo puede o no tener un
determinado comportamiento homosexual;
lo cierto es que parecerá siempre que
lo tiene, aunque haya locas castas,
idílicas y aun platónicas. La loca,
tal como se la ve pasear por nuestras
calles al atardecer, es un fenómeno
del siglo, y no tiene nada que ver
con los pisaverdes, dandys y
adamados del pasado. La loca es
nuestra, producto de nuestra cultura
burguesa, al igual que los muebles
"art nouveau" y que los grandes
almacenes.



Copi.

Después de leer "El baile de las
locas" (1), yo no sé si Copi lo será
o no. Tampoco supe nunca si era una
señora sentada que dialogaba con
patos, aunque no lo creo. El caso es
que esta extraña novela describe los
meandros del extraño pensamiento
de las locas y de los maricas "borderliner",
con un vigor y una habilidad que
hacen muy superior a cualquier texto
con pretensiones de seriedad y
profundidad. Se trata, desde luego,
de un libro escrito desde dentro,
desde los meandros y recovecos de un
cerebro de la última mitad del siglo
veinte: un cerebro inundado de
hashish y vodka con naranja, que
oculta su racionalidad bajo una
brillante capa de delirio, y que delira
razonablemente mientras se escinde
en gritos de dolor reprimidos en su
sillón de ejecutivo. No hay nada de
ficticio en este libro, que es sobre
todo ficción; se trata de un largo
viaje por el espacio interno de toda
una cultura marginal —que no
marginada—, que acusa con agudeza
las contradicciones, a veces divertidí-
simas, de nuestra despilfarradora y
multicolonizada sociedad.

Aparte de todo esto, "El baile de
las locas" es una novela muy divertida:
dotado de un humor bilioso a veces,
otras distante, como el de un hombre
confuso que contemplase el mundo
a través de unas gafas facetadas e
interpretase graciosamente el
calidoscopio resultante. Copi descompone
la realidad del multiverso en planos
de sueño y vigilia, de amnesias
fastuosas y lucidaces sombrías, cuyo
contraste nos hace reír. Reímos con
una risa amarilla, congelada, como
el hombre que ríe en el momento de
ser picado por una viuda negra, y que
con-

(1) Anagrama.